

RAISA MARTÍN

El error vive arriba



Matchstories

El error vive arriba

Raisa Martín

atchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Raísa Martín, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-08-30726-6

Depósito legal: B. 11.803-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

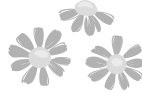
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Capítulo 1

Fictional

Khloe Rose



Everlee

Lo que estoy a punto de decir puede sonar fuerte, pero es la pura verdad.

Leer me ha arruinado.

Y no, no hablo del sentido económico, que también, sino de algo un poco más profundo. Leer y adentrarme en esas bonitas historias de amor me ha arruinado para cualquier persona que pretenda realizar el mínimo esfuerzo. Porque, seamos sinceros, el amor de ahora es mediocre. Queremos las cosas rápido, sin esfuerzo y con escasas complicaciones. Somos la sociedad del *fast food*, no esperaba menos de nosotros.

Al mismo tiempo, la idea de tener un romance como el de los libros que decoran mi estantería se ha vuelto casi una obsesión. Romantizo el café que me tomo por las mañanas, los días de lluvia paseando por la ciudad, mis tardes en la biblioteca y cualquier mirada furtiva con otra persona. Así que no me extrañó que sintiese un revoloteo en el estómago la primera vez que vi a mi vecino, el que vive nueve pisos por encima de mí.

Solo hacía una semana que me había mudado al maravilloso bloque de apartamentos del que un amigo de la familia es propietario. En otras circunstancias no me habría instalado en esa zona, demasiada gente de dinero de un lado para otro,

pero, tras mucho insistir para que aceptara su oferta de vivir en una de las viviendas libres y mi condición de que me pusiera un alquiler, aquí estoy. Sin embargo, no me cabe duda de que no estoy pagando el precio real, el de mercado, o debería decir que no lo están haciendo mis padres. Retomando la narración de este increíble o catastrófico suceso: llevaba una semana en mi nueva casa cuando lo vi. Yo estaba recogiendo el correo en el buzón cuando él entró en el edificio, sujetando su maletín de cuero y aire caro, con el traje planchado a la perfección, el pelo en su sitio y una mirada de color esmeralda con el aspecto más frío y afilado que he visto jamás.

Su apariencia robó todo el aire de mis pulmones. Me quedé más rato del estrictamente necesario contemplando su belleza perfecta y de ese modo, tan rápido como apareció, se esfumó en el ascensor. Y al día siguiente tuvo lugar el momento que dos meses después sigo recordando. Esa mañana mi madre me había llamado para avisarme de que era posible que llegara una caja con pertenencias mías, así que, al volver de mi primera clase en la universidad, pasé por la oficina de la portería donde, en efecto, tenía un enorme paquete esperando. Por el dinero que pagan los inquilinos, no me sorprendió que el conserje se ofreciera a ayudarme, cosa que rechacé amablemente. Monté en el ascensor, aunque solo tenía que subir un piso. Lo siento, pero me niego a rodar por las escaleras y acabar muerta por una caja de cartón.

Bendita decisión.

Las puertas estaban a punto de cerrarse cuando un zapato se cruzó en su camino. Miré a mi nuevo compañero de ascensor y sentí que mi corazón hacía una bajada en picado. Esos malditos ojos verdes me observaron durante dos segundos contados de reloj y después pasaron por completo de mí.

—Perdón —dijo.

—No te preocupes —respondí con tono nervioso—. ¿A qué planta vas?

—La décima, por favor.

Pulsé el botón.

—Supongo que eres nueva en el edificio. —Lo miré de reojo, recogiendo cada movimiento que hizo para luego soñar despierta o utilizarlo como inspiración para mis propios proyectos de escritora *amateur*—. Si no, sabrías que al conserje le pagan para llevar los paquetes.

—Sí, me mudé hace una semana —contesté ignorando por completo el tono condescendiente de su voz.

Las puertas del ascensor se abrieron y salí tambaleándome un poco por el esfuerzo de sostener la caja. Me volví hacia él una vez que estuve fuera.

—Encantada de conocerte, soy Everlee...

No tuve tiempo de añadir mi apellido ni de oír su nombre y apellido porque ya estaba haciendo cerrar las puertas, y la expresión completamente aburrida de su rostro y su mirada me dijeron más que suficiente. Genial, mi vecino era gilipollas.

Y aquí estamos: dos meses después no he vuelto a cruzar palabra con él, aunque sí me he cruzado con su persona. Por lo pronto solo sé dos cosas: primera, es un idiota remilgado, y segunda, sus iniciales son N. K. Sí, lo he visto recoger el correo y, sí, tenía curiosidad por saber el nombre de este ser tan estirado, aunque me llevé una decepción al ver que es tan idiota que solo pone sus iniciales en el buzón.

—Tierra llamando a Everlee. —Malory sacude la mano frente a mis narices, captando mi atención—. ¿Otra vez en las nubes?

Pestañeo y dibujo una sonrisa rápidamente. Trepo por mi cama hasta alcanzarla y le golpeo la cara con un cojín.

—¿Qué decías?

—Te estaba preguntando si podría ponerme algo de tu ropa

para ir al cumpleaños de Julie, no creo que me dé tiempo a volver a casa y llegar puntual.

Malory es una de las pocas amigas que he hecho en estos meses desde que aterricé en Nueva York. Digamos que fue la única que realmente se compadeció de mí los primeros días. Deambulaba de un lado a otro, perdida.

—¿Estás segura de que quieres llevar uno de mis trapos?

Porque, comparado con lo que ella suele vestir, mi ropa son meros trapos; es más, es posible que los trapos que usa en la cocina sean mucho más caros. Sí, mi familia está bien posicionada, tiene un estatus de clase media alta, con sueldos que me permiten estar aquí, porque estudiar en Columbia no es nada barato. Creo que aún me duelen los ojos de cuando vi el precio de la matrícula. El problema en realidad reside en mí, que soy incapaz de llevar una vida como la que mis padres a veces esperan. Me parece que mi pasado hablaría muy bien de ello.

—Déjate de bobadas, tienes vestidos monísimos. —Se levanta de mi cama y corre hasta el armario—. Me encantó ese azul marino que llevaste a la fiesta de Mike.

—Puedes usarlo si quieres.

—¿De verdad?

Asiento y ella lanza un chillido extasiado mientras me rodea el cuello con ambos brazos y planta dos sonoros besos en mis mejillas. Corre hasta el baño del apartamento con el vestido todavía en la percha y, mientras comienza a cambiarse, miro el interior de mi armario preguntándome qué demonios voy a ponerme para otra de estas fiestas extravagantes. A decir verdad, ese vestido azul es el más bonito que tengo. Claro que, cuando Malory me mira con sus ojos dorados y bate las pestañas como un ángel, me es difícil decirle que no.

Al final, tras pasar de un lado a otro las perchas, me decido por uno negro de tirantes finos que queda por encima de las rodillas. Cuando no sabes qué ponerte, este vestido es el como-

dín. Me visto en mi cuarto, me peleo un poco con mi pelo rizado, consiguiendo que quede bonito cayendo por mi espalda, y por último me pongo el tono más rojo de mis pintalabios. Estoy calzándome los tacones de plataforma cuando Malory reaparece en la estancia, con su melena negra recogida en una coleta alta.

—¿Tacones negros o plateados? —pregunta sosteniendo dos de mis pares de zapatos.

Me sorprende cómo en dos meses nos hemos vuelto así de cercanas, hasta el punto de que conoce a la perfección la composición de mi guardarropa. Es la primera vez que tener de amiga a alguien tan diferente a mí no me molesta, porque parece que ambas sabemos cuándo dejar a la otra en paz. Malory es una fiestera sin remedio, pero tiene claro cuándo no debe presionarme; en cambio, a mí me encanta estar en cualquier sitio leyendo, siempre que sea tranquilo, aunque de vez en cuando me uno a ella y sus noches de juerga. Y, sí, ya sé que sueno a un puñetero cliché, pero no puedo cambiar quien soy para parecer algo superdiferente e innovador. Soy una chica tranquila, que adora leer, cuya meta de ser escritora es solo un sueño por el momento, ya que los números y las cuentas de la carrera de Economía me roban todo el tiempo.

—Plateados —elijo.

Sonríe porque está de acuerdo, y en cuestión de diez minutos salimos de mi edificio hacia el taxi que nos espera. Durante todo el camino hasta el local, Malory no para de hablar sobre los últimos cotilleos referentes a nuestros amigos, o tal vez debería decir «sus amigos». Bajamos justo frente a la puerta, donde el seguridad nos deja pasar en cuanto revisa la lista de invitados y aparece el nombre de mi amiga. Dentro, las luces estroboscópicas lo tiñen todo de tonos rosados y morados. La pista está llena de gente bailando y dejándose llevar por la música. Varias cabezas por encima, la mano de Julie nos saluda

desde el reservado. Subimos las escaleras, yo aferrándome al pasamanos por miedo a caerme. Arriba todo está lleno de globos, champán y dos enormes números de helio que forman un dorado veintidós.

Felicito a la compañera después de dejar la pequeña bolsa que cargo en la mesa catalogada como «mesa de los regalos». Espero que aprecie mi sueldo completo de este mes. No es que gane mucho en la cafetería en la que trabajo, pero me da para cubrir mis caprichos sin tener que recurrir al dinero de mis padres.

—¡Estás preciosa, Everlee!

Julie me abraza y me hace preguntas básicas a las que respondo con pocas palabras. Agarro una copa de champán y empiezo a beber dando sorbitos. Da igual que no tengas la edad legal para beber cuando los amigos de tu amiga son millonarios (y tienes una identificación falsa). Escucho las conversaciones que hay a mi alrededor y de vez en cuando mi amiga me hace integrarme en alguna charla banal. Los ojos de Jordan están puestos en mí y soy muy consciente de ello. Desde que aparecí por primera vez con Malory colgada del brazo, él no ha dejado de intentar hacer avances conmigo.

Resultado: nulo.

Lo siento, Jordan, busco un romance bonito, no sufrir la historia trágica de la chica que se vuelve un centro de rehabilitación. Él es el perfecto ejemplo de mujeriego redomado incapaz de regenerarse. Creedme, al principio lo consideré, porque seré muchas cosas, pero ciega, en absoluto, y el tío está tremendo. Casi como si se hubiese caído del Olimpo.

—¡Te estás aburriendo! —vocifera Malory.

—¿Eh?

—Seguro que estás pensando en lo bien que estarías en casa escribiendo alguno de tus libros eróticos.

—¡Calla!

Le tapo la boca con una mano mientras ella no para de reírse. La miro con el ceño fruncido, pasando la vista de sus ojos a su copa. ¿Está borracha? ¿Tan pronto?

No es que el hecho de que escriba sea un secreto, estoy encantada de hablar de ello con quien se interese en saber. El problema son los estereotipos que penden encima de cualquier persona que escriba literatura erótica. Odio la mirada medio lasciva que pone cualquier hombre cuando sabe a qué dedico mis noches. Casi tienen grabado en los ojos la pregunta «¿Lo que escribes refleja tu vida sexual?». La respuesta es no.

—¡Venga, vamos a bailar y dejemos a todos estos muermos!

Quiero negarme, pero ya es tarde. Malory tira de mi mano y nos lanza de nuevo hacia las escaleras. Me conduce hasta la pista, donde no duda en lanzar algunas sonrisas coquetas aquí y allá. La música electrónica, junto con las luces en movimiento, me hace perderme un poco en el lugar. Tardo un par de canciones en aclimatarme hasta que le sigo el ritmo. Bailamos la una junto a la otra, rozando nuestras caderas y riendo estridentemente cuando notamos miradas sobre nosotras.

Estoy sudada y chispeando de felicidad en el momento en que Malory decide ir a por una copa para las dos. La espero entre el gentío, bailando ahora de una forma más tímida. Ella es quien me da una dosis de confianza. Alguien me agarra del hombro y tengo la sonrisa pintada en los labios, esperando que sea mi amiga. Lo que encuentro son los ojos negros de Jordan, que me mira de forma atrevida desde su altura.

—¿Bailando sola? —pregunta.

—No —niego mientras hago desaparecer la sonrisa de mi boca—. Estoy con Malory.

—¿Y dónde está?

—Ha ido a por una copa.

—¿Seguro? —Mira por encima de mi cabeza—. No la veo.

—Estará a punto de volver.

Me aparto sutilmente dando unos cuantos pasos hacia atrás, y entonces una de las personas que llenan la pista me golpea en la espalda y me lanza directa a los brazos de Jordan, que no duda ni un segundo en rodearme con ellos. Me aprieta contra su cuerpo, mis pechos presionando el suyo.

Miro hacia arriba mientras pongo las manos sobre él y hago fuerza para librarme de su agarre.

—Everlee... —me dice al oído.

La manera en que pronuncia mi nombre no me gusta nada. Suena casi empalagosa y posiblemente podría enredar a cualquier chica. Su voz es ronca y consigue erizarme el vello de la nuca. Ejercicio más presión.

—Jordan, déjame —siseo—. Ya lo hemos hablado.

—Solo has hablado tú —replica—. ¿No tengo yo nada que decir al respecto?

—No.

—¿Por qué te niegas a intentar algo conmigo? —Una sonrisa bobalicona se dibuja en su cara—. Tenemos una química increíble.

—Lo siento, yo soy más de letras.

Lucho en vano y casi quiero gritar el nombre de Malory para que se dé prisa con esas bebidas. ¿Dónde se ha metido? ¿Acaso ha ido a destilarlas ella misma?

—Me parece que la chica quiere que la sueltes. ¿Tienes problemas para notar cuándo una mujer quiere que te vayas a la mierda?

Lo primero que veo es la gran mano que placa el antebrazo de Jordan. Este pestañea con incredulidad, clavando la vista primero en la mano y luego en la cara de quien ha hablado. Su agarre aún se mantiene fuerte.

—¿Y tú no sabes notar cuándo molestas?

Levanto la mirada muy despacio, recorriendo con los ojos la mano de este hombre y después la piel llena de tinta que

dejan ver sus mangas remangadas hasta la altura del codo. Mi escrutinio es lento y exhaustivo, y continúa recorriendo la forma de sus hombros y la nuez de su garganta hasta toparse con sus ojos verdes como esmeraldas. Tengo que controlarme para no dar un respingo en el sitio cuando reconozco de quién se trata. Es el vecino imbécil.

—¿Molesto? —pregunta mirándome a mí.

Tardo más de la cuenta en reaccionar, posiblemente quedando como una idiota. Elimino mi titubeo con un rápido pestaneo y entonces consigo hacer algo como un ser humano funcional. Niego con la cabeza poco a poco, provocando que sus ojos se vuelvan aún más brillantes; por su parte, Jordan tiene la mandíbula apretada tan fuerte que estoy segura de que su dentista tendrá unas palabras con él. Con mi negativa y el claro desinterés por mi parte, acaba quitando los brazos de mi cuerpo. Me dirige una mirada mortífera que me hubiese fulminado de no ser por la mano que ahora agarra la mía y tira de mí. Donde mi piel hace contacto con la suya siento un cosquilleo similar al que hace el champán efervescente. Mis pies avanzan por pura inercia, siguiéndolo mientras nos aleja de la pista. Acabamos en una esquina de la barra. Sus ojos echan un vistazo tras de mí para comprobar si ha dejado atrás a Jordan, logrando su objetivo.

—¿Lo conoces? —pregunta.

—¿Qué?

—Que si conoces a ese cretino.

—Ah, sí. —Me lamo el labio inferior, eliminando la sequedad que se me ha formado—. Es un amigo de una amiga...

Me detengo cuando empiezo a sonar repetitiva.

—Entiendo —dice intentando seguir la conversación—. Me llamo Nixon, por cierto. —Me tiende la mano—. Tu nombre es...

Miro su mano tendida frente a mí y luego a sus ojos antes de

estrechársela. Es obvio que no se acuerda de mí, ni de mi nombre siquiera. Supongo que uno de nosotros es más memorable que el otro, y está claro que esa persona no soy yo.

—Everlee.

—Encantado de conocerte, Everlee. —Me dedica una sonrisa completa—. ¿Te apetece una copa?

No respondo de inmediato; en vez de eso, miro detrás de mí por si milagrosamente veo a Malory acercándose con nuestras bebidas. Pista: ni rastro. Me giro de nuevo hacia él y acepto su oferta, porque en el fondo me muero por saber más. Él se apoya contra la barra, y le pide nuestras bebidas al camarero. No pide mi carnet de identidad; debo de parecerle lo bastante mayor, aunque lo cierto es que aún no he cumplido la edad legal para beber. Faltan unos meses para mis ansiados veintiuno.

—¿Sueles venir mucho por aquí? —pregunta.

—La verdad es que no. —Hago un pequeño encogimiento de hombros—. Estoy aquí por un cumpleaños. ¿Tú sí?

Niega, regalándome esa sonrisa tan perfecta. Oh, Dios, no creía que pudiese ser más atractivo, pero me equivocaba. Si con sus trajes caros es impresionante, lo que tengo delante es el tipo de atractivo más letal. Aire peligroso, sofisticado y enigmático: todo en un mismo hombre.

No quiero, pero mis ojos se lanzan a escanear cada pedazo de su piel cubierta de tatuajes. Definitivamente, no hubiese pensado que bajo los trajes caros y la cara de seriedad absoluta se escondía alguien así. Aquí parece mucho más salvaje, casi rompedor.

—Definitivamente, no. —Niega con la cabeza divertido—. Me lo recomendó un cliente y, como es obvio, no me conoce demasiado.

—¿Por qué lo dices? —inquiero intentando tener una conversación fluida.

—Si me conociera, sabría que este tipo de sitios no me van.

Apostaría a que, si pidiera una cerveza, estarían tentados de servírmela en copa.

Su cara de espanto de tan solo pensar en la idea hace que se me escape una risa que no tardo en intentar ocultar cubriéndome la boca con la mano. Sus ojos se abren un poco más cuando me mira y deja que una comisura de sus labios se estire. Joder, mi estómago está haciendo cosas raras.

—Has dicho que ha sido un cliente quien te ha recomendado este sitio. —Decido indagar—: ¿A qué te dedicas?

—¿En serio, Everlee? —Eleva una de sus cejas—. Preguntas demasiado típicas a la hora de ligar, ¿no crees?

—¿Quién ha dicho que yo esté ligando? —Arqueo una ceja imitándolo.

—¿Quién ha dicho que yo no?

Me quedo capturada completamente cuando su lengua asoma entre sus labios humedeciendo el labio inferior. Noto las mejillas calientes. Carraspeo llevándome la copa recién servida a los labios. El líquido me quema la garganta y con suerte conseguiré relajarme un poco.

—Soy abogado —dice respondiendo a mi pregunta anterior.

Abro los labios formando una «o» y él casi estalla en una carcajada al ver mi expresión. Eso solo hace que mis mejillas se calienten tanto que parezcan en llamas.

—¿Sorprendida? —Se lleva el borde de su copa a los labios y da un sorbo largo—. No es la primera vez que veo esa reacción.

—Lo siento. —Hago un gesto con las manos—. Es solo que... no parece...

—¿Que respete la ley?

—¿Cómo de mal estaría decir que sí?

—Soy muy consciente de lo que mi imagen proyecta a los demás y de los estereotipos que aún persisten. —Me dedica

una sonrisa genuina—. Te garantizo que todos estos tatuajes no me impiden ser el mejor abogado de Nueva York.

—Lo siento por mi reacción —digo bajando cada vez más la voz—. Puedes hacer tú una pregunta, seré totalmente sincera. Tómallo como una disculpa por ser una bocazas.

De nuevo esa lengua aparece en mi campo visual cuando se relame los labios, al parecer más que encantado con la idea de indagar sobre mí. Hay un nudo en mi estómago que se hace más notable cada vez que noto cómo sus ojos se deslizan por mi cuerpo. No quiero parecer una creída, pero creo que sé distinguir cuándo un tío me desea y, joder, esos ojos tienen una mirada de depredador dispuesto a comerse a su víctima, y la verdad es que no me importaría ser la presa.

—Cuéntame algo que nadie sepa de ti.